

# C O N Q U E S

Por ESTHER LÓRIZ CASANOVA

**S**UBIR, sin alardes, pero subir. Ascender en y por deseo de elevación. Subir como se debe, como se debería subir siempre: con pasos seguros, acompasados, un poco largos; asentando bien el pie en terreno firme o en piedra inconvencible. Sosteniendo el aliento. Y el corazón adelantado.

Mientras se va impregnando el cuerpo por dentro del sahumero que invade por el olfato, que se distiende, y el alma arremolinada de luz, dorada y verde, en la que se camina casi flotando como una mota de polvo. Con el mismo vuelo mecido que ni avanza ni retrocede: se está, solo, dentro de ella y es más que bastante.

Al llegar, descansar. Echarse, exactamente como para morir, en la tierra en afán de fusión, de disolución con lo creado.

Seguir aspirando pausadamente y, mirando en el cielo recortarse dos picos de montaña verde por cuyo ángulo, al encontrarse, se enseña en el hueco de otra, pelada, un glaciar, escuchar la tierra que en mil voces de hervor suave, nos habla mil cosas.

Y cuando pegados a ella, nos vamos yendo hacia atrás con respecto al sol, huyendo momentáneamente de sus resplandores y de sus fuegos; cuando nos apaciguamos de sus triunfos y la tarde se hace verde sin reflejos, ensombrecida y profunda, iniciar la bajada. Ungidos, alma y cuerpo, de sosiego y temblorosos, por abrumados, cuerpo y alma, de grandeza.

Estuchada por el bosque, casi por sorpresa, nos encontramos la capilla de Conques.

Aparece, de repente, con las voces de los seminaristas que recitan y cantan los salmos, como una inusitada y enorme caracola marina por cuya boca se le escaparan sus resonancias.

A la vez que ellos, en el mismo umbral, caemos de rodillas porque Dios, que ya estaba tan cerca, va a venir del todo. Lo anuncian las esquilas del ganado, mansas, mucho después que nuestra propia emoción, estremecida en alientos hondos.

En el inmenso silencio de la montaña, pleno, henchido, en la tarde verde de terciopelos oscuros, hay una expansión de difícil precisar: o bien nos hemos dilatado tanto que la montaña nos ha cabido dentro o somos nosotros, desintegrándonos, los que nos hemos diluido en ella.

Justo ahora, Dios, no solamente ha venido, sino que, en lección de entrega una y repartida, va llegando a cada uno de nosotros.

Las vacas dejan de pastar y mugen casi en arrullo, de blando.

Y para expresarlo todo, lo casi inefable, lo, desde ahora ya incontenible, juntas, recias, pero remansadas por la infinitud, las voces de los jóvenes sacerdotes dicen con apasionado, de padecer Amor, acento:

*Quid retribuam Domino pro omnibus quae retribuit mihi?*

Benasque, 1960.

